

LO QUE PERDIMOS, LO QUE SEREMOS

Crónica del sismo del 19 de septiembre de 2017, en Tetecala de la Reforma, Morelos.

Tetecala ha sufrido la peor catástrofe que guarde la memoria. Aquel martes negro, martes de plaza, los corazones temblaron al ritmo trepidante de la tierra, que parecía moverse como olas de mar, llevándose consigo un pedazo de nuestro pueblo, de nuestros seres queridos, y de nuestra historia.

Nadie lo hubiera imaginado. La comarca no está acostumbrada al castigo de los movimientos telúricos. Las tragedias locales son de otro orden: el desbordamiento del río, el incendio de casas y negocios, accidentes carreteros, intoxicaciones étlicas, gobernantes sin escrúpulos. En los últimos años hay que sumar los estragos del crimen organizado: secuestros, asesinatos, desapariciones.

Tal vez por eso, el simulacro del 19 de septiembre, conmemorando los horrores del 85, se vivió como un acto cotidiano, casi un trámite que había que cumplir: “esas son cosas que pasan en la gran ciudad”. Ironías de la historia y el

destino. Treinta y dos años después, con aterradora exactitud, la tierra volvió a sacudirse, golpeando fatalmente a la Ciudad de México. Esta vez, sin embargo, la tragedia tocó otras puertas. El terror y la angustia, el llanto y el desconsuelo, la sangre y los escombros, dejaron de ser un espectáculo de la televisión. Estaban ahí, en nuestra propia casa, en el corazón de nuestro pueblo.

Martes de plaza. Tetecala de la Reforma, Morelos, una de la tarde. La calle “No Reelección” luce ocupada por el tianguis tradicional, como ocurre cada semana desde hace más de cien años. El comercio se extiende por la explanada de la plaza central, rodeada por la Parroquia de San Francisco de Asís, la Presidencia Municipal, y varias casonas de gruesos muros, anchos arcos y grandes balcones, que le otorgan al pueblo una imagen típica y pintoresca. Se trata del momento de mayor aglomeración. Los comerciantes gritan sus ofertas. Hay regateo, olor a

comida, ruido de música pirata. Entre la multitud se cuentan amas de casa, muchas acompañadas de sus hijos, trabajadores del ayuntamiento, estudiantes fugados de la escuela. Las personas se saludan, platican, se estorban, tientan la fruta, se miden zapatos, preguntan los precios de la ropa. Un martes de plaza como cualquier otro.

Tetecala de la Reforma, Morelos, una y cuarto de la tarde. Las entrañas de la tierra crujen, todo comienza a moverse. Segundos de terror que parecen eternos. Algunas personas corren, muchas se paralizan, otras se encomiendan a Dios, y se abrazan con quien pueden. Luego del espanto, la confusión. Los Arcos del Centro, es decir, lo que quedaba del viejo billar de Don Francisco Garduño, se han derrumbado por completo. Se esparce un trágico rumor por todo el pueblo: “los Arcos se cayeron, el centro está lleno de muertos”. Otra vez el espanto. La gente corre desde todos los puntos del municipio, al encuentro de lo que piensan que será el peor día de sus vidas. Para algunos lo es.

Dos víctimas fatales se encuentran al remover los escombros. Yuliana González Reynoso, 32 años, comerciante, ma-

dre de dos hijos, mujer trabajadora, amiga, hija, hermana. Acababa de rentar un local techado en los Arcos. Perdió la vida al instante salvando a su madre, a quien empujó para alejarla de la columna que se desplomaba contra ella. Descanse en paz. Doña Ofelia Alquisira Avilés, 84 años, conocida por sus oraciones en rosarios y velatorios. “Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...”. Los rezos con los que despidió a tantos de nuestros muertos, esta vez fueron cantados para despedirla. Enseñó catecismo a muchos niños, aunque nunca formó una familia propia. Fue sepultada en ataúd blanco, como corresponde a una digna señorita de pueblo. Había ido a la plaza a comprar zapatos. Descanse en paz.

La zona se llena de voluntarios, curiosos, personal del ejército y de Protección Civil. Después de varias horas de trabajo se confirma el dato: sólo dos víctimas, más varios heridos que fueron trasladados de inmediato al hospital. “Con la cantidad de gente que había...”, piensan algunos, “...Dios se apiadó de nosotros”. Mientras tanto, los cuerpos se cubren con respeto, sus familiares impiden las fotografías para que los buitres carroñeros no

lucren con su dolor. Los Arcos, ya desaparecidos, dejan a la vista la barda blanca del fondo de una mueblería, que luce pintado el logotipo de Colchones Carreiro, y un eslogan que dice: “El lugar más tranquilo del mundo”.

Al otro extremo de la plaza central, la Iglesia de San Francisco de Asís nos muestra su rostro mutilado. La torre del reloj central yace en el piso, hecha pedazos, arrancada con furia por la naturaleza. La torre del campanario luce una grieta diagonal que amenaza el colapso. Una de las bardas laterales, convertida en escombros, sepulta un comercio ambulante. A las familias de las casas vecinas se les desaloja por seguridad. Las imágenes de los santos abandonan sus nichos, y al caer la tarde, la nave de la Iglesia ha quedado desnuda. Nadie sabe si tendrá que ser demolida. Así luce lo que ha sido, durante siglos, el centro de la vida espiritual de la comunidad.

Cae la noche sobre Tetecala. El pueblo se halla prácticamente incomunicado. Hasta muy tarde en la madrugada, no hay luz eléctrica, ni servicio telefónico, ni señal para los teléfonos móviles. La televisión y los ordenadores se vuelven inútiles. Se desempolvan las velas y los quinqués.

Los familiares en el exterior pasan horas de angustia al no tener noticias de sus seres queridos.



Centro de Tetecala, 19 de septiembre 2017
Fotografía de María de Magdala Espín

Miércoles por la mañana. Después de la tormenta no llega la calma. Los noticieros confirman que la Ciudad de México es nuevamente zona de desastre, al igual que muchas localidades en Puebla y Morelos (que se suman a los estados de Chiapas, Guerrero y Oaxaca, golpeados por otro sismo unas semanas atrás). Se sabe que en Cuernavaca hay daños mayores, que Jojutla está en ruinas, que Miacatlán y Coatetelco han sido gravemente afectados. En la capital del país, la solidaridad se desborda. Miles de voluntarios llegan a remover los escombros, y colaboran en el rescate de las víctimas. La sociedad civil supera la capacidad de respuesta del gobierno. Toneladas de víveres, herramientas y medicamentos son trasladadas a los centros de acopio, albergues y lugares afectados.

Desde la tarde del siniestro, el Hospital de Tetecala trabaja a marchas forzadas. Hay largas filas de espera para ser atendidos. Los que sufren lesiones menores, prefieren regresar más tarde. Al otro día, la cantidad de pacientes es tan grande que deben instalarse en el piso. A Tetecala llegan heridos de toda la región, pues varios centros de salud de otros lugares han quedado inservibles. De otros estados llegan

médicos y enfermeras a colaborar con el personal de base. Llegan víveres y medicinas en grandes cantidades, tan grandes que dan lugar al descontrol. Personas que no han sido afectadas se apoderan de los víveres. Unas motivadas por la necesidad y la pobreza, otras por la avaricia y el egoísmo. En cierto sentido, todos se sienten damnificados. También hay lugar para la ayuda desinteresada. Varios vecinos organizan centros de acopio y trasladan el apoyo con sus propios medios a las familias en desgracia.

En Tetecala comienza el recuento de los daños, que no son pocos. Fuera del centro histórico, el terremoto se ensaña con las casonas tradicionales, como si quisiera anunciarnos el final de una época. La casona de Lauro Arellano, el personaje más poderoso de la región a principios del siglo XX, es una auténtica ruina. Esa casa donde los jornaleros se formaban para recibir su salario, en una fila que daba la vuelta a la manzana, que fue testigo de truculentas historias familiares, de glorias políticas y económicas, donde se trazaron los planes de la modernización, como la introducción de la luz eléctrica, y la instalación de las primeras industrias

del municipio, como la fábrica de alcohol “La Morelense”. Deshabitada durante décadas, la Asociación Andamiaje trabajaba para convertirla en centro cultural. Más de cien años de historia nos observan desde las ruinas de esta casa, aceptando que su tiempo entre nosotros se ha terminado.

También sobre la avenida Juárez, se halla destruida la fachada principal de la Casa Díaz, una construcción de principios del siglo xx, de altos balcones de herrería. Parcialmente habitada en las últimas décadas, fue sede de las clases extramuros del ciclo escolar 89-90, cuando el edificio de la vieja Primaria “Benito Juárez” fue demolido. En este lugar, los jóvenes de la década del año 2000 organizaron los primeros festivales de rock de la historia del municipio.

Más adelante, se observan los restos de la fachada de lo que fue, en otra época, la panadería más concurrida del pueblo. El negocio de Micaela Lara Sainz de la Peña, donde se compraban los mejores bolillos de la región, salidos de aquel viejo horno tradicional en que trabajaba Bartolo Montes. El exterior de esta casa evocaba el piso empedrado de la entrada, el pasillo que rodea el patio central, y la estancia adornada con cuadros religiosos

donde la gente esperaba por el pan recién horneado.

Subiendo por la calle Bravo, en la esquina con Matamoros, se halla acordonada una propiedad de la familia Méndez, esperando su turno para ser demolida. En sus paredes carcomidas, se distingue aún el logotipo de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO), recordándonos que, durante los años 80 y 90, fue el lugar donde la gente acudía por las despensas que el gobierno entregaba con productos de la canasta básica.

Tan sólo en el centro del municipio se cuentan alrededor de diez casas que deben ser demolidas, afectando a varias familias, como los Amilpa, García, Gama, Rojas, Nieto, Trujillo y Santarriaga. Otros lugares han sufrido daños parciales, como el restaurante “Los Cocos” y la Casa del Molino Viejo. A esto hay que sumar las decenas de construcciones con bardas caídas, techos y paredes agrietadas.

En las redes sociales, la gente expresa su dolor por las víctimas y las pérdidas materiales. También sienten nostalgia por sus recuerdos, por las anécdotas de la infancia y juventud, vividas en lugares que ya no existen. Sienten añoranza por las calles

que han perdido su fisonomía. Los que están lejos se preguntan si algún día, al regresar a su pueblo, lo encontrarán ajeno y desconocido.



Parroquia de San Francisco de Asís,
Tetecala, 19 de septiembre de 2017
Imagen de Hernán Gómez

Este es el pueblo que hemos perdido. De nosotros depende que la memoria permanezca. De los tetecalenses depende construir nuevas historias, reedificar el

pueblo para que sea digno de nuestro pasado. La reconstrucción no debe guiarse exclusivamente por razones económicas y pragmáticas. El progreso económico no está peleado con el respeto al patrimonio histórico y cultural. Hay muchos ejemplos que lo comprueban. Tetecala no debe perder su personalidad, su imagen de pueblo tradicional. De lo contrario nos iremos convirtiendo en un pueblo de fayuca, despojado de su memoria, de su identidad y de su belleza. Lo más importante, por ahora, es garantizar la seguridad de las personas que han perdido su patrimonio. Ojalá que después sepamos que no sólo de pan vive el hombre. La historia, la identidad y los recuerdos, son el alimento del alma y el espíritu.

Irving Reynoso Jaime
Ciudad de México, septiembre de 2017